



12º CONGRESO ARGENTINO DE ANTRPOLOGÍA SOCIAL

La Plata, junio y septiembre de 2021

GT 35: Etnografía de la comunicación: procesos mediáticos y no mediáticos.

Procesos etnográficos de un medio de comunicación comunitario en la ciudad de Rosario

Lic. María Cecilia Telleria. Escuela de Antropología, Universidad Nacional de Rosario. telleriacecilia@gmail.com

Resumen

Presentamos un proceso de investigación que arrancó a delinearse en el 2007, permitiendo alcanzar el grado de licenciatura en Antropología a comienzos del 2019, analizando la construcción del proyecto editorial Ángel de Lata como un espacio de articulación, identidad y pertenencia en la ciudad de Rosario, desde un abordaje etnográfico, orientado por la perspectiva teórica de análisis latinoamericana que relaciona comunicación y cultura, como también indagando su carácter de medio de comunicación comunitario, alternativo y popular. A tal efecto, consideramos el contexto económico-cultural que lo atraviesa, los sujetos sociales que han formado parte desde sus comienzos, los distintos lugares que ha transitado y los discursos publicados.

El Ángel de Lata, como medio de comunicación social gráfico, surge de un trabajo colectivo en el año 2000 hasta fines del 2012. El convulsionado escenario social del 2001 posibilitó tramar estrategias de representación y de acción colectivas: movimientos de desocupados, asambleas barriales, fábricas recuperadas y el surgimiento de varios proyectos editoriales (La Luciérnaga en Córdoba, Hecho en Buenos Aires, Barriletes en Paraná, Al Margen en Bariloche, entre otras). Estos proyectos editoriales permiten pensar a la comunicación no solo como una cuestión



de medios, sino desde su espesor cultural como procesos comunicacionales en tanto ponen en relación a la comunicación con las prácticas sociales.

En este sentido, reconocemos que la comunicación posibilita la construcción de espacios de articulación, identidad y pertenencia. El proyecto editorial procuró generar dichos espacios a partir del trabajo colectivo de organizaciones sociales. Nuestro estudio etnográfico nos permitió arribar a las representaciones sociales que se fueron construyendo desde sus inicios.

Mi trabajo de campo (2007-2012) tuvo una participación activa y comprometida, implicando instancias reflexivas sobre el quehacer antropológico. Problematicamos al campo como el mero lugar donde uno construye su objeto y problemática de investigación, sino también donde una misma se evalúa como investigadora, ya que es percibida por esos “otros”. El campo se transforma en un continuo de reflexión que no se agota en el “estar allí”, sino que exige un ejercicio constante, en el cual una organiza estrategias de acercamiento y “extrañamiento”.

Palabras Claves: *comunicación; etnografía; identidad; medios comunitarios, alternativos y populares.*

Introducción

En esta oportunidad presenté la experiencia de construcción de conocimiento de un medio de comunicación comunitario de la ciudad de Rosario desde la perspectiva antropológica, relacional y/o etnográfica. Para alcanzar el título de Licenciada en Antropología, me propuse analizar la construcción del proyecto editorial Ángel de Lata como un espacio de articulación, identidad y pertenencia, considerando los procesos socio-históricos y las representaciones sociales que se construyen a partir del mismo, privilegiando los sujetos sociales que han formado parte desde sus comienzos a la actualidad, los distintos espacios que ha transitado y los discursos publicados en la revista. Y de esta manera, un proceso que se inició en el 2007, pudo materializarse en formato tesina bajo el título “El proyecto editorial Ángel de



Lata: abordaje antropológico de un espacio de articulación, identidad y pertenencia en la ciudad de Rosario.”, cuya defensa fue en el 2019¹.

En esos tiempos comprendimos que la comunicación es un proceso cultural, que posibilita la construcción de espacios de articulación, identidad y pertenencia. Vivenciamos que el proyecto editorial Ángel de Lata intentó, desde sus inicios, generar dichos espacios a partir del trabajo colectivo de organizaciones sociales, produciéndose maneras de concebirlo que lo fueron definiendo como tal. Y al mismo tiempo comprendimos cuestiones que hacen a lo teórico metodológico en relación al enfoque etnográfico, lo dinámico y transformador que resulta. En ese sentido, mi experiencia participativa durante el trabajo de campo, mi compromiso e involucramiento político-afectivo con lo que estaba sucediendo “allí”, produjo reflexiones sobre la práctica antropológica, las cuestiones éticas, el respeto hacia esos sujetos, sus tiempos. A partir de estas vivencias reconocimos que el trabajo de campo no es únicamente el “estar allí”. La incidencia de nuestra subjetividad en todo el proceso de investigación, torna necesaria explicitar la llamada “reflexividad”, la necesaria “vigilancia epistemológica”, el “extrañamiento” como estrategias indispensables para la construcción de conocimiento sociocultural de un otro cercano y de un nosotros distante.

Puntos de partida

Consideramos al objeto de las ciencias sociales como histórico, en un determinado tiempo/espacio en constante transformación, reconociendo a los sujetos sociales como poseedores de una conciencia histórica. En disonancia con los métodos de las ciencias naturales, el objeto en las ciencias sociales no se trata de algo aislado y de distinta naturaleza del sujeto investigador, sino que se torna en una relación de sujeto/sujeto, conformando identidades e ideologías en el proceso de conocimiento, el cual resulta complejo, contradictorio y dinámico. (Achilli, 2005)

¹ No quisiera ahora detenerme en los años que pasaron desde los comienzos de pensar el tema hasta la defensa del trabajo final. Vagamente, puedo señalar que las condiciones de producción estuvieron atravesadas por varias crisis desde económica hasta de soledad en el ámbito académico, como también experimentar un sentido de compromiso muy fuerte con los sujetos sociales que estaban involucrados en aquello que se estaba construyendo en mi problemática, que hicieron que postergue en muchos momentos la práctica investigativa y en otros que me detenga en lecturas de otras carreras (sobre todo de Comunicación) buscando orientaciones.

Problematizamos así las dicotomías cuantitativo/cualitativo, subjetivo/objetivo, las cuales acarrearán la cuestión de la objetividad. Acordamos con De Souza Minayo (1997), quien considera que la objetividad en las ciencias sociales es una tarea irrealizable, sin embargo la objetivación es posible. Objetivación que dependerá del instrumental teórico y estratégico adecuado en el proceso de investigación.

El papel de la teoría es importante porque le da orientación al proceso de construcción del objeto de estudio, dado el cruce que se produce de la teoría con el investigador y las relaciones que se entablan con y entre los sujetos implicados en el trabajo de campo. Según Paul Willis (1985) la teoría brinda “la posibilidad de un desarrollo circular entre una confesión teórica (...) y las contradicciones y tensiones propias del trabajo de campo, hacia reconstrucciones teóricas, para luego volver nuevamente hacia las especificidades de la relación del trabajo de campo.” (1985: 11) Así logramos una comprensión de lo concreto mediante la reflexividad, que interrelaciona lo abstracto de la teoría con lo concreto del trabajo de campo.

Por consiguiente “lo metodológico” tiene un rol fundamental en toda investigación social, porque incluye el bagaje teórico del sujeto investigador, las estrategias que utiliza para lograr comprender la “realidad” y su creatividad. Es por esto que la antropología como la entendemos y practicamos, enlaza de manera simultánea con el trabajo teórico, en una perspectiva en donde lo metodológico y lo teórico se articulan de forma coherente. (Rockwell, 1987; Achilli, 2005).

Partiendo de este enfoque, acordamos con Guber (2004) en que el trabajo de campo es una decisión del investigador, que incluye tanto a los ámbitos como a los actores. En este sentido, las relaciones sociales que se entablan en el campo y los registros del mismo, están mediadas por nuestra subjetividad, lo cual sumado a lo teórico y al sentido común, convergen en lo que se ha llamado “reflexividad”. Guber (2004) la define como “el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente -sentido común, teoría, modelos explicativos- y la de los actores/objetos de investigación.” (2004, p. 53).

R. Guber (2004) argumenta que en el trabajo de campo estamos ante tres reflexividades: la del investigador en tanto perteneciente a una sociedad; la del investigador en tanto investigador y las reflexividades del grupo u organización social



de estudio. También, nos advierte que debemos mantener cierta “vigilancia” entre estas reflexividades en juego para poder describir y comprender la cotidianeidad que vivenciamos en el campo, para alcanzar su objetivación. En este sentido, Lins Ribeiro (2007) propone al “extrañamiento” como una experiencia básica en la construcción de la perspectiva antropológica, ya que “Al estudiar su propia sociedad el antropólogo busca realizar la operación inversa, convertir lo familiar en exótico, usando por principio y por racionalización metodológica, una posición de extrañamiento.” (2007, p. 256)

Sobre el Ángel de Lata

El proyecto editorial Ángel de Lata, como medio de comunicación social, surgió en 2000 en la ciudad de Rosario, producto del trabajo de colectivos sociales, tales como las prácticas comunitarias de la institución salesiana Don Bosco y la Agrupación La Vagancia en el barrio Ludueña, la Coordinadora de Trabajo Carcelario y la radio comunitaria Aire Libre (Centro de Educación, Comunicación y Biblioteca Popular). Desde su surgimiento y hasta fines de 2012, la revista intentó llegar a una frecuencia bimestral, no obstante, este cometido nunca se logró por cuestiones económicas. Tenía como frecuencia un promedio de 1 o 2 revistas por año, y en sus 16 páginas presentaba secciones que visibilizaban el proyecto comunitario que promovía y a las familias que vendían la revista, como por ejemplo Historias de vida, que trataba de la biografía de la persona involucrada en el proyecto editorial, de dónde venía, cuál era su situación particular. Otra sección era La voz de los chicos, en la que niños y adolescentes contaban su historia y su presente.

La publicación era producida por el director y la editora, y desde el espacio de los talleres se producía material sobre las actividades que se realizaban, que era enviado a publicar. En este sentido, en sus páginas se buscó generar una agenda alternativa a la de los medios hegemónicos de comunicación en temas sociales, económicos y culturales. Esto se reflejó, además, en los artículos escritos por periodistas que colaboraron con el proyecto sobre la problemática de la memoria, los derechos humanos y la penalización de menores, entre otras. En otro sentido, en la práctica, buscó aportar económica y socialmente a los sectores vulnerados de la



ciudad de Rosario, ya que, por un lado, parte de la venta de la revista era para ellos (comenzando desde 1 peso, 75 centavos “pal’que la vende”) y, por el otro, se generaban espacios de contención, educativos y recreativos.

En el recorrido de la tesina nos preguntamos qué procesos hacen a la construcción del proyecto editorial Ángel de Lata como espacio de articulación, identidad y pertenencia. A través de los relatos y de nuestra propia experiencia en el trabajo de campo, fuimos visibilizando sentidos que se fueron construyendo desde los distintos escenarios, a saber el Barrio Ludueña, la Plaza Pringles y la Casa del Estudiante, permitiendo reconstruir esos procesos constituidos en dichos espacios para comprenderlos como representaciones sociales en torno al proyecto editorial.

Así, el Ángel de Lata se constituyó partiendo de tres objetivos, en los que se condensaron expectativas y representaciones tales como: el ideal de constituirse en una herramienta de trabajo que posibilite paliar las dificultades económicas de familias de barrios periféricos de Rosario y difundir a través de sus páginas estas realidades, generar contención afectivo-educativa en sus participantes y constituir espacios de expresión y educación a través de actividades que se desarrollaron en los tres escenarios donde la revista se difundió: el barrio Ludueña, la Plaza Pringles y, luego de 2010, la Casa del Estudiante.

En el primer escenario, el Barrio Ludueña, consideramos que el proyecto editorial trataba de construirse en un espacio de articulación, identidad y pertenencia para los actores sociales que participaban. Así, en un primer momento el sentido de pertenencia estaba representado por estar organizado de modo colectivo en cuanto al proceso de producción. Estos actores sociales se encontraban identificados con nociones de comunicación alternativa y popular, por lo que su acción se hallaba determinada con que la revista sea “hecha por y para los pibes.” Tanto el armado de la publicación como el acto de la venta se constituyeron en un hecho colectivo, pues se discutían los contenidos y se vendían entre todos, repartiendo lo recaudado entre los partícipes.

En el segundo escenario, la Plaza Pringles, comprendimos que la revista se constituyó tanto para el grupo editor/coordinador de la venta como para las familias vendedoras/talleristas, en una oportunidad económica, una herramienta de trabajo,



una “fuente de laburo”. Si bien se trataba de generar una estructura de contención educativa y recreativa, “hacían agua” si no consideraban lo económico. Desde el grupo editorial y acompañante en la venta, reconocen que se trataría de grupos domésticos en el que todos los miembros de la familia aportan en lo económico. Argumentan que es una “realidad que ya existía”, ya se encontraban niños realizando venta ambulante por las peatonales rosarinas, y que ellos les estarían brindando un producto con el cual se sientan identificados.

En el tercer escenario, la Casa del Estudiante, se observa el desarrollo de uno de los objetivos del proyecto editorial, el que se planteó desde sus inicios como una propuesta educativa de contención, de pertenencia de niños y adolescentes, brindando espacios educativos y de expresión a través de talleres, en donde la revista se consideró como una “excusa”.

El proceso de trabajo de campo comenzó en el 2007, se interrumpió hasta el 2009, finalizando a principios del 2013. En ese trayecto, realicé observaciones participantes de cada encuentro y entrevistas en profundidad a personas de los colectivos de La Vagancia, Radio comunitaria Aire Libre, Coordinadora de Trabajo Carcelario, que han participado desde sus comienzos; la editora, el grupo de los talleristas, las familias vendedoras de la revista y las que asisten a los talleres.

Experiencias en el trabajo de campo

Mi experiencia con la problemática comienza a delinearse en el 2007. Cursaba Seminario Final y continuaba con el mismo interés que comencé en Metodología III, orientación socio-cultural. Allí abordé la construcción de una comunicación “alternativa y popular” a través de un Taller de Comunicación Popular y Periodismo Alternativo que en el año 2004 fue organizado, en la ciudad de Rosario, por una agrupación universitaria que mantiene vínculos con una organización piquetera. Atravesada por esta experiencia, en el año 2007 (cursando Seminario Final) comencé a delinear el tema/problema reconociendo que quería sumergirme en un medio de comunicación, sobre todo gráfico y “alternativo”. Entre las distintas opciones, primó el proyecto editorial Ángel de Lata. “Observando” las revistas, partí hacia el campo con la noción de que este medio de comunicación era producido por

los chicos y familias que lo venden, característica que había leído de otras experiencias editoriales similares.

Consideré, en un primer momento, la caracterización de “niños en situación de calle” que alude la revista, para tratar de indagar desde allí, la incidencia del Ángel de Lata en la conformación de espacio de pertenencia/referencia para estos niños.

Durante el 2007 y el 2008, la problemática que había esbozado sobre los “niños en situación de calle” en relación al medio de comunicación, fue transformándose a partir de la realización de entrevistas con personas involucradas al proyecto editorial. Asumir una perspectiva antropológica relacional supone esta problematización entre el trabajo de campo y la teoría, que conduce a modificar la conceptualización inicial del objeto de investigación (Rockwell, 2009), considerando a la teoría de manera flexible, sin limitar lo que una observa en el campo (Achilli, 2005) a una sola dimensión posible.

Observar y transitar por el fenómeno socio-cultural Ángel de Lata, comenzar a captar su complejidad, me ha revelado que no se trata solo de un “medio”, sino que es parte de un entramado de procesos, prácticas y relaciones, comprendiendo que en las relaciones con los actores sociales que se vinculan con aquello que intentamos abordar, la tendencia inicial resulta una idealización.

Participando, rápidamente la idealización desapareció, y aparecieron los conflictos, los estancamientos. Generó malestares en mi sentir, pero todos estos conflictos fueron enriqueciendo mi mirada sobre lo que trataba de proyectar desde la tesina y desde mi participación en el espacio. Realicé búsquedas y lecturas tanto de antecedentes como teóricos, tratando de visualizar este entramado complejo que se me presentaba desde el campo.

Paralelamente durante ese año hago contacto con una persona que estuvo vinculada al proyecto editorial, estudiante de Antropología (lo referenciaré como V.) Mi intención era comenzar a proyectar la tesina pero intentando además una participación activa en la revista.

A nuestro interés personal se le sumó la perspectiva de V. quien me advirtió “si te acercas a participar todo bien, pero si es sólo es para hacer la investigación no le va a gustar mucho.”



El encuentro con V. despertó muchas inquietudes en relación a la posibilidad de accesibilidad a la revista. Me recomendó ir despacio, me previno sobre el tema de la devolución, ya que están cansados de que los estudiantes se acerquen para investigar a la revista y luego no “devuelvan nada”. El tener “cuidado”, el “ir despacio” fueron preceptos que marcaron mi camino, mi experiencia en el campo. Finalmente, en el 2009 me acerco a la plaza pringles y me incorporé al grupo coordinador de talleres y acompañamiento en la venta. Desde entonces han ido fluctuando las personas que se han acercado a participar, en su mayoría se trata de estudiantes de nivel superior o ya recibidos; otros, como la figura del editor y el director, se han mantenido invariables a lo largo de los años de existencia de la revista (2000-2012). En cuanto a las familias vendedoras, también fueron variando. Las mismas provienen de barrios periféricos de la ciudad.

Los encuentros entre el grupo coordinador y las familias vendedoras se realizaban los días sábados al mediodía en la Plaza Pringles. De esos años, particularmente, me ha quedado la sensación de ir conociendo mate tras mate a las familias vendedoras, como también a otros integrantes del proyecto, sin hacer algo concreto, a mi manera de ver, o sin concretar proyectos que se venían hablando.

Una no sabía bien qué estaba haciendo, pero de todas maneras era parte de todo eso. No se observaba una estrategia planteada y organizada, salvo el ir y acompañar, “Pero pasito a pasito, hay que ganarse la confianza”, me dijo R. En el momento me parecía poco, pero ahora veo que se trataba de un trabajo de hormigas para ir generando nuevamente los lazos entre las familias y “el nosotros”. Construir confianza. Desde ahí tratábamos de hacer lo que estaba a nuestro alcance: festejar, jugar, preguntar cómo iban en la escuela, brindar apoyo escolar, preguntar cómo iban las ventas, tratar de responder a las inquietudes que se generaban sobre la salida de un próximo número.

Así fue que en uno de los encuentros en la Plaza, conversé informalmente con la editora sobre mi intención de hacer la tesina sobre la revista. No emitió opinión, salvo encomendarme la tarea de organizar entrevistas a los chicos, entrevistas que luego serían publicadas en la revista. Y así fue por un tiempo, hasta que los chicos



no quisieron o dudaban. Creemos que pudo deberse a que la revista no era continua en su edición, lo cual generaba mucho malestar.

La problemática de la existencia o no de la revista en las calles para su venta, generaba conflictos en los encuentros, es decir, los obstaculizaban cuando no había revista, como los dinamizaba cuando había. Esto fue una cuestión muy marcada en el grupo, dado que la comunicación con la editora no era muy fluida, la demanda venía siempre hacia nosotros y tratábamos de aquietar las ansias. Era una situación un poco embarazosa, al no tener certezas en las respuestas a dar.

Es así que, a través de este transitar en el campo, entre bibliografía y supuestos, comencé a problematizar sobre los sentidos de articulación, identidad y pertenencia en torno al proyecto editorial. En esta situación me detuve como problemática a abordar, profundizando en las prácticas socio-culturales que genera, las representaciones que se construyen sobre la misma considerando los sujetos sociales que han formado parte desde sus comienzos a la actualidad y los discursos publicados en la revista.

El campo continuaba su rumbo. Con respecto a los encuentros entre vendedores y coordinadores, eran difíciles de proyectar sin contar con un espacio físico estable. El espacio de encuentro, posibilitador del vínculo, hasta el año 2010 fue un espacio público al aire libre (Plaza Pringles), por lo que costaba establecer una actividad y su frecuencia, por diversos factores tales como la circulación de la revista o el clima del momento, que dificultaban la concreción de las mismas.

Ya en octubre del 2010, se gestionó un espacio que dio un giro en la dinámica que se venía llevando desde el grupo coordinador de los talleres hacia las familias vendedoras. La Subsecretaría Vinculación Comunitaria de la Facultad de Ciencias Médicas dependiente de la Universidad Nacional de Rosario, nos concede en préstamo en la Casa del Estudiante la utilización de un salón de grandes dimensiones, este espacio fue un dinamizador de las mil utopías que se venían pensando desde el surgimiento de este proyecto, por el año 2000. Allí comenzamos a realizar talleres de alfabetización, apoyo escolar, literario, periodismo, plástica, danza árabe, costura. Asistiendo tanto las familias que están vendiendo la revista como grupos de chicos conocidos de las mismas.



En esta nueva situación, se comenzó a observar una asistencia continua al espacio de la Casa del Estudiante y la participación en los talleres de las familias vendedoras de la revista como de allegados a ellas, sin que la misma esté en circulación en las calles. Sin desconocer que la disposición de un espacio estable ayuda a la convergencia de expectativas tanto del grupo coordinador como de las familias vendedoras (y ahora allegados). Por lo que, la circulación efectiva de la revista no garantiza por sí sola la construcción de un espacio de identidad y de pertenencia, que se vería beneficiado por las continuidades de los encuentros, el trabajo en talleres, la participación de las familias en la producción y la existencia de un lugar físico de encuentro. De esta manera consideramos que tanto las significaciones como las prácticas que se configuran alrededor y al interior del proyecto editorial Ángel Lata, tomando las representaciones sociales de los actores significativos en los ámbitos cotidianos en el que tienen lugar (prácticas de taller y venta de la revista), nos permiten comprender la construcción de un espacio de identidad y de pertenencia.

La sensación de militar/participar/investigar en algo que no tenía una dinámica interna fluida, o mejor dicho, tenía su propia dinámica, me generaba mucho malestar, dado que las familias estaban en el medio de toda esta incomunicación que se generaba entre la editora y el grupo coordinador de los talleres. Dicho malestar era compartido por y con algunos miembros del grupo, renegamos, nos enojamos, pero seguíamos intentando apostar a generar proyectos sociales con las familias vendedoras.

Reflexiones finales

Fue a partir de estas cuestiones reseñadas, que mi investigación quizás se alejó de la típica práctica investigativa de “tan solo” intentar construir un objeto de investigación para mi tesina, pero al mismo tiempo, y viéndolo desde este lugar de distanciamiento, el objeto transformado en conocimiento social se iba consolidando a partir de las relaciones que entablaba con las personas que se encontraban vinculadas en el proyecto, con las teorías que en el transcurso del trabajo de campo iba conociendo y reconociendo. La experiencia de ir y vivenciar los sábados junto a

las familias y el grupo, iba produciendo algunos clics en mi interior antropológico sin que pudiera plasmarlo por escrito luego. Todo estaba muy a flor de piel, sentía ese proceso como propio y me producía contradicciones éticas, en relación a cuánto narrar.

Reconstruyendo dicho proceso, puedo visualizar mi involucramiento, aunque quizás en un primer momento (2007-2009/2010) fue pasivo en el sentido que tal vez “solo” quería percibir cómo era la dinámica organizacional de este grupo. Ya a fines del 2010 mi participación fue activa, expresaba abiertamente mis perspectivas personales sobre lo que consideraba una mejor construcción colectiva en la revista y más allá de la revista. Igualmente, aunque considero que una participación siempre es activa en sí misma, mi participación estuvo presente en cada encuentro. Esta presencia ya está marcando una acción, el estar ahí proyectando junto al grupo y a las familias, entendiendo al campo como un lugar-espacio de construcción colectiva de nuevos saberes.

Me parece importante reflexionar sobre la construcción del conocimiento social, en el involucramiento con las personas con las que interactuamos. Pensamos que las relaciones que entablamos en el trabajo de campo y el registro que tomamos del mismo, están mediadas por nuestra subjetividad, como también por problemas éticos: “el sentirse extraño en la localidad, sentirse intruso, reportero, espía, académico o evaluador.” (Rockwell, 2011, p. 53) Por consiguiente, en el transcurso del mismo, fui definiendo compromisos y espacios de acción, que aliviaron esa carga culposa, ya que: “no está ausente lo político de la construcción de conocimiento ni tampoco está ausente la producción de conocimiento de las prácticas políticas.” (2011, p. 96)

Reconocemos que la producción social de conocimiento se construye a partir de la relación e interacción de un sujeto (el investigador) con otros sujetos a los que se los intenta comprender. En la experiencia en el trabajo de campo, comencé a reflexionar sobre la práctica antropológica, sobre cómo debería ser, los aspectos éticos, el respeto que se les debe otorgar a las personas con las que interactuamos, pensar sus tiempos, los míos. Posteriormente la lectura de Da Matta (2007) me proporcionó un entendimiento de este bagaje:

es en la Antropología donde necesariamente se establece un puente entre dos universos de significación, y tal puente o mediación se realiza con un mínimo de aparato institucional o de instrumentos de mediación. Vale decir, de manera artesanal y paciente, dependiendo esencialmente de humores, temperamentos, fobias. (2007:230)

Reflexionando que el campo no es el mero lugar donde uno construye su objeto y problemática de investigación, sino también donde una misma se evalúa como investigadora, ya que es percibida por esos “otros”. Ante esto, el campo se transforma en un continuo de reflexión que no se agota en el “estar allí”, sino que exige un ejercicio constante, en el cual una organiza estrategias de acercamiento.

En lo personal en esas instancias consideraba que la participación en el mismo espacio que se analiza críticamente podía convertirse en un obstáculo para la construcción de conocimiento.

Me generaba dilemas éticos vinculados al modo en que arribamos a la información y la pregunta acerca de hacerla pública o mantenerla privada, ligada a los conflictos/contradicciones que conocimos en la participación, las relaciones de confianza y afectivas que generamos y la vivencia de ser atravesadas por esos conflictos con la intensidad de nuestra implicancia política.

Al poner en constante tensión la participación en el trabajo de campo con la teoría, y ejercitar el extrañamiento (Lins Ribeiro, 2007), descubrí que no debería entonces ésta ser un obstáculo para la investigación social, puesto que la triangulación y la continua reflexión sobre la práctica es aquello que nos permite objetivar nuestra propia experiencia en el campo. Como sostiene M. C. De Souza Minayo (1997), si bien la objetividad en las Ciencias Sociales no resulta posible, sí lo es la objetivación que depende del instrumental teórico y estratégico. Para finalizar retomo unas palabras de Martín Barbero “sólo investigamos de verdad lo que nos afecta, y afectar viene de afecto.” (2004:22) Porque, en definitiva, investigamos lo que nos involucra y moviliza, lo que nos atraviesa subjetivamente más allá de lo académico, por lo que sentimos interés afectivo, así sostenemos que el compromiso que establecimos con nuestra problemática de investigación ha nacido de esta situación.

Referencias bibliográficas

- ACHILLI, E (2005) Investigar en antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio, Ed. Laborde, Rosario
- DA MATTA, Roberto. (2007). "El oficio del etnólogo o cómo tener 'Anthropological Blues'". en BOIVIN, M., ARRIBAS, V. y A. ROSATO, Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural, Edit. Antropofagia, Buenos Aires.
- GUBER, R. (2004) "El Salvaje metropolitano" Editorial Legasa, Buenos Aires.
- LINS RIBEIRO, G. (2007), "Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica", en BOIVIN, M., ARRIBAS, V. y A. ROSATO (Op. Cit)
- MARTÍN BARBERO, J. (2004) Oficio de Cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura. FCE. Buenos Aires
- MENÉNDEZ, E. (2010) "La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo." Prohistoria Ediciones, Rosario.
- MINAYO, M. C. (1997) El desafío del conocimiento. Investigación cualitativa en salud. Lugar Editorial, Buenos Aires.
- ROCKWELL, E (1987) Reflexiones sobre el proceso etnográfico. Dto de Investigaciones educativas. Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del IPN, México.
- ROCKWELL, E (2011) La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos, Paidós, Buenos Aires.
- WILLIS, P. (1985) "Notas sobre el método". En: Cuadernos de Formación No2, Santiago de Chile.